

divididos, leales a sus empleadores y políticamente pasivos» (p. 134) como cualquier trabajador español. Por el contrario, los jugadores extranjeros (principalmente exiliados de Hungría) sí recibieron un tratamiento especial, pero a coste de ser explotados para mejorar la imagen anticomunista del franquismo en la arena diplomática. Este análisis sirve como enlace con los últimos dos capítulos, ya que éstos versan sobre la utilización del fútbol con fines demagógicos y como válvula de escape dentro del territorio nacional. Estos dos capítulos hacen hincapié en la politización que había dentro del fútbol, además de evidenciar hasta qué punto llegaba a influir en las decisiones regionalistas.

*Fútbol y franquismo* es una investigación de una faceta del régimen franquista que ha apasionado a muchos. Su valor radica en intentar compendiar de forma coordinada los puntos de vista divergentes acerca del fútbol que vienen surgiendo a lo largo de más de cuarenta años. No es un libro de altos vuelos. Es más, su mala traducción desconcierta al lector. No obstante, ayudará a comprender uno de los períodos más nefastos de la historia española.

Oregon State University

GUY H. WOOD

Hipólito Escolar. *La cultura durante la Guerra Civil*, Madrid, Alhambra, 1987, 407 p.

A más de un lector poco advertido podría inducir a error la última obra del que fue director durante muchos años de la Biblioteca Nacional, antes de que se hiciera cargo de ella el historiador Pablo Fusi. Mientras este último es un probado investigador de la historia contemporánea, Hipólito Escolar es un bibliotecario metido a historiador de la cultura —de *La cultura durante la Guerra Civil*, como reza el título de su libro—, pero cuyo conocimiento sobre la historia del libro y de las bibliotecas españolas —conocimiento hartamente probado en sus anteriores publicaciones— no basta para ofrecernos una visión ni desapasionada ni objetiva ni congruente de los derroteros seguidos por las políticas culturales en las zonas beligerantes. No se trata de exigir que esta obra tenga que satisfacer a unos y a otros mediante un juicio salomónico, sino que resulta poco menos que temerario haber emprendido una incursión de este calibre con alforjas tan desprovistas.

El núcleo documental —más bien bibliométrico— lo constituye la recopilación de 3.650 títulos, de los cuales más de dos mil son folletos publicados entre 1937 y 1938, y el resto libros, un 90 por 100 casi de la producción editorial de ambos bandos, según el autor. En los capítulos 9 y 14, ambos bajo el título común de «La producción editorial» se enumeran las obras del bando republicano (pp. 154-179) de acuerdo con la adscripción política de su pie de imprenta o el origen de la propiedad editorial. Idéntica enumeración por regiones «liberadas» se ofrece en las páginas 286-330. Acompaña al libro un excelente índice analítico que permite fácilmente la localización de obras y autores.

En aderezo a estos datos, Hipólito Escolar ha concebido un plan de obra en tres partes (*De Berenguer a la Guerra Civil, La zona republicana y La zona nacionalista*) precedido de una carta al benévolo lector en la que después de señalar su propio subjetivismo afirma que «refleja algunos aspectos mucho mejor que las [versiones] que están dando historiadores que no los vivieron y que se han fiado demasiado [...] de las memorias y de los documentos, que se escriben con harta frecuencia para justificar unos comportamientos y distorsionar la verdad». Desde esta tesitura resulta inevitable que su libro estuviera plagado de insinuaciones y juicios gratuitos sobre todo lo habido y por haber: el espíritu revanchista de los republicanos, su exigua representatividad a pesar de los resultados de las elecciones (pp. 7-8), la ineptitud de discernimiento político de las masas rurales (p. 23), la aventura «depredadora» de Alberti, Bergamín y otros por llevar a cabo la conservación del Patrimonio (pp. 67-68), ya que las obras evacuadas no hubieran sufrido daño alguno de haber permanecido donde estaban (pp. 87-89). Los intelectuales republicanos, además de vanguardistas en literatura y dados a los juegos retóricos, defendían los derechos de los lectores que no tenían: «de ahí que procuren resolver sus problemas económicos granjeándose sinecuras, premios, becas y ayudas [...] les encantaba officiar en la ceremonia del reparto de bienes culturales a los desvalidos» (p. 108). La política de lectura propiciada por el bando republicano se atribuye a la prudencia de muchas personas por permanecer en casa combatiendo la soledad (p. 149). Como colofón ya, según este autor, no hubo en la zona nacionalista, como en la otra, actos de sadismo (p. 191) y —*last but not least*— si García Lorca hubiera estado en otra ciudad de la zona nacionalista

hubiera emigrado al extranjero y hasta colaborado en alguna de las brillantes empresas literarias del cura Yzurdiaga (p. 193).

Convendría que cada especialista se dedicara a su tema. El autor de este libro tenía muy cerca de casa una obra que ni consultó ni, naturalmente, cita: *Política del nuevo Estado sobre el Patrimonio Cultural y la educación durante la Guerra Civil española* de Alicia Alted Vigil, tesis doctoral editada por la Dirección General de Bellas Artes y Archivos. De las que figuran en su bibliografía el lector sabrá lógicamente inferir a qué autores su texto se remite.

Universiteit van Amsterdam

MANUEL L. ABELLÁN

Manuel Pecellin Lancharro. *El krausismo en Badajoz: Tomás Romero de Castilla*, Badajoz, Universidad de Extremadura, 1987, 497 pp.

A los trabajos y estudios de época reciente sobre tantos aspectos fecundos del krausismo (baste recordar los ya clásicos de José López Morillas, quien se centra, principalmente, en su modalidad cultural, y el de Elías Díaz sobre la filosofía social del krausismo) se añade ahora el de *El krausismo en Badajoz: Tomás Romero de Castilla*, del que es autor Manuel Pecellín Lancharro, y que representa un avance significativo en la investigación del tema.

La vida, obra y pensamiento de Tomás Romero de Castilla y Peroso (1833-1910), catedrático de Psicología, Lógica y Ética del Instituto de Badajoz, hombre de sólida formación clásica y teológica (había cursado siete años de Teología y uno de Cánones en el Seminario de aquella ciudad antes de cursar estudios de Filosofía y Letras en la Universidad de Sevilla), humanista y educador de profunda cultura, se inscriben en esa tradición del humanismo extremeño que encuentra su momento de plenitud en el siglo XVI y en figuras tan insignes como la de su predecesor Arias Montano.

Amigo y discípulo de Julián Sanz del Río, a quien conoció en 1862, en Madrid, y acogido por el grupo krausista conducido por Federico de Castro, con quien entabló relación en Sevilla, Tomás Romero de Castilla encabezó una de las corrientes del krausismo en España, la teológica.

En su libro, Pecellín examina el liderazgo de Castilla en las disputas religiosas iniciadas hacia 1862 en torno al krausismo, a